



VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES *

Violence against women

Fecha de recepción: 12-11-2015 Fecha de aceptación: 3-1-2016

ANTONIO DI CIACCIA

AME, Analista miembro de la Escuela de la Causa Freudiana de París. Miembro de la Escuela Europea de Psicoanálisis (Sisep). Presidente del Instituto Freudiano de Roma. Fundador del Instituto para niños psicóticos de Antenne 110 de Bruselas. Estableció la publicación en italiano de varios Seminarios de Jacques Lacan para la editorial Einaudi. Dirige la revista *La Psicanalisi* del Campo Freudiano.

Resumen: A partir de considerar las paradojas del orden simbólico, este texto aborda la violencia contra las mujeres, pero no solamente como un dato de estructura, y resitúa esa violencia en conexión con el llamado por Freud “rechazo a la femineidad”

Palabras claves: Orden simbólico - Hombres-Mujeres - Inconsciente - Rechazo a la femineidad

Abstract: *Considering the paradoxes of the symbolic order, violence against women is not taken just as structural data and is reassessed according to what Freud called refusal of femininity.*

Key words: *Symbolic order – Men-Women - The unconscious - Refusal of femininity*

¿Los hombres podrán renunciar a usar la violencia contra las mujeres? Parece que no. Es esto lo que la historia y la crónica nos enseñan. Por ese motivo, es necesario que los hombres establezcan reglas precisas, se provean de leyes que determinen límites infranqueables. Es necesario, y es justo que así sea, porque la convivencia humana así lo requiere. Se trata de un recurso al orden simbólico, el cual, todavía en el momento mismo en que muestra su eficacia revela la otra cara de la moneda.

De esta otra cara, tomamos en consideración tres aspectos. El primero consiste en el hecho de que al coincidir lo simbólico con el hombre, en muchos países y en todas las latitudes, el orden simbólico es confundido generalmente con las reglas de los hombres, entendidas aquí como las directivas que provienen del macho. No es el caso en ciertos países, donde la exigencia de una férrea observancia al orden simbólico, todavía no prevé completamente el respeto por las mujeres. Tal idea, que se basaría sobre la ecuación: orden simbólico = hombre (entendido como macho) está de modo tal arraigada, que se cree una emanación de la naturaleza misma.

El segundo aspecto deshace el origen natural de esta ecuación. En efecto, si hay necesidad de una

ley, quiere decir que la ecuación no es hecho natural. Las leyes de los humanos sirven para establecer un orden simbólico ahí donde la naturaleza es muda. Esto es válido también para las leyes que la biblia llama “los diez mandamientos”, son leyes que existen para todos aquellos que hablan y que son connaturales al hecho de hablar, atribuidas a una autoridad divina, razón por la cual son llamados “mandamientos”.

El tercer aspecto consiste en el hecho bien conocido por todos, de que, si bien la ley es establecida por el interés general, poco o nada puede hacer, si no es cumplida. Se delimitan así una multitud de casos particulares, en donde un hombre, que en la sociedad es declarado como de género masculino, es considerado como la única excepción que lo hace valer por encima de otro humano, que en la sociedad es declarado como de género femenino, se trata del uso de un poder que sobrepasa aquello que en cambio el mandamiento delimita. El hombre solo preserva a la mujer, cuando ésta es asimilada a los medios de producción. No es cosa poco notable que en el texto bíblico mismo, la mujer está asimilada a una propiedad: al hombre le es vedado desear a una, que no sea la suya, del mismo modo que la casa o el campo, o el buey, la oveja o el burro.



Quisiera decir que la cultura se asocia a la naturaleza para dar una versión del hombre en cuanto maestro, patrón y señor de la mujer, de su cuerpo, de su mente, de su goce, y de su vida. Versión bendita que llevaría incluso el sello de textos sagrados.

Tal vez la violencia contra las mujeres es una historia antigua sin historia: desde siempre el hombre es predador. ¿Por qué asombrarse? Necesitaríamos tal vez asombrarnos de lo contrario, o sea, de cuando la mujer, de presa u objeto de intercambio, asume la posición de rebelión respecto del propio estado inicial, rechazando una condición reconocida por todos, lo que aparece como un amotinamiento en la confrontación con el poder constituido.

Se me dirá que ahora desde hace un buen tiempo, la revuelta, el amotinamiento, más aún, la subversión, agita a aquellos seres que hablan y que no tiene más el instinto que los resguarda de realizar actos criminales. No, el instinto no ayuda al ser humano, dado que su comportamiento es ahora vehiculizado y transformado en un discurso, que intenta ir más allá de las reglas que están inscriptas para los animales en el instinto, y de tomar, atrapar, violar, aquello que es más real en el otro, en particular en la mujer. “De aquí que, en lugar de tener la exquisita cortesía animal, ocurre que los hombres violan a las mujeres o inversamente.” (1). Este “inversamente” –que es de Lacan– abre una fisura en los preceptos. Claro, es la violencia contra las mujeres la que debemos condenar. Y la condenamos, sin “peros”, ni condicionales. Aca-so tal vez, está llegando el tiempo en el cual se deberá condenar también la violencia contra los hombres. Sobre todo contra los padres. Violencia que hay que decir, se ha iniciado verdaderamente en el periodo en el cual se ha vuelto evidente “la evaporación del padre” para decirlo con Lacan. Sin embargo, es pensando en un parricidio que Freud inventa el único mito moderno, aquel de un Padre que no está castrado y que posee a todas las mujeres. Los otros hombres –padres, hijos, maridos, amantes– están todos bajo el régimen de la castración, y solamente pueden soñar de modo paranoico, con encarnar aquella única excepción que ellos no son, tampoco excepcionales, que probablemente terminarían pronto como accesorios inútiles, incluso en el plano de la procreación. La violencia –que claro, quisiéramos ver desaparecer como neblina al sol– contra las mujeres, contra los diferentes, contra los hombres, contra los pueblos, y demás, no se erradica por sí misma. No es un hecho cultural, es un dato de estructura.

Lo que quiere decir que el inconsciente no es en absoluto extraño a la violencia, ya que la violencia es un sucedáneo de la potencia. El inconsciente es goce en acto de la potencia. O mejor dicho, del semblante de potencia. Es así que se cultivan los jardines de los poderes, de la prevaricación, de la supremacía, que –digámoslo también– producen ciertas personalidades, o sea los paranoicos, los cuales siempre tienen razón, no pueden no ser envidiosos del prójimo, no pueden no ser celosos de aquello que en su fantasma, es la posesión del otro (léase una mujer), considerado como un bien propio, y que no pueden no tener el dominio de la vida y de la muerte del otro, otro que naturalmente se rebaja sobre todo a lo femenino.

No existen formas de vida social entre los humanos que no se apoyen mínimamente en eso que llamamos discurso. Y el discurso, hace sonar esos elementos en los cuales se declina el inconsciente. Todos conocen aquellas manifestaciones que irritan, como si el inconsciente fuese dictatorial, dominante, con regurgitación a la manera fascista o stalinista, o aquellas aparentemente más soft, a la manera del capitalismo. Bajo este aspecto, para unos, los varones, y para las otras, las mujeres o inversamente, no hay solución que no sea aquella experimentada en todos los tiempos: la ley del más fuerte.

¿Hay modo de escapar? Parecería que no. Sin embargo el psicoanálisis abre un margen. Margen que, paradójicamente, toma el empuje de un *impasse*. Freud llamó a tal *impasse* “rechazo de la femineidad”. Y encontró este rechazo tanto en las mujeres, como en los hombres, entendidos como varones, incluso si el rechazo en los unos y en las otras se revestía de arreglos diversos.

Freud había considerado que este rechazo estaba motivado en el horror que inspiraba una especie de desierto, o de océano sin fin –incluso, si bien resultaba refractario a la representación, queda siempre huella en el campo del lenguaje. ¿Qué cosa hubiera sucedido si los seres humanos, cada uno a su modo, hubiesen atravesado ese límite? Esa línea que es sobre todo un litoral o sea no ya una frontera entre un potentado y otro potentado, como sería entre el imperio de los hombres y el imperio (eventualmente por construir) de las mujeres. Sino un litoral, como aquella línea ondulante hecha de arena, piedritas y barro que separa la tierra del mar.

Metáfora, me dirán ustedes. Sí, metáfora. Pero que puede indicar que no se puede tomar el mar como si fuese la tierra: se trata de dos zonas que el litoral al mismo tiempo une y separa. Justamente



como la “letra” que, como arena, piedritas y barro, une y separa al inconsciente “parlanchin”, el gran hablador, de aquello que “es mudo”, silente. Se trata de otro registro del inconsciente. No ya un inconsciente que es potente, o mejor dicho que finge serlo, sino un inconsciente que es impotente– realmente. El primero, varones o mujeres, no lo abandonan más, pero puede ocurrir, a unos y a otros, que lleguen a una aprehensión del segundo –aún si las mujeres acceden con más facilidad. El primero da lugar a un goce hecho de potencia, el segundo da la llave de un goce hecho de no-potencia, pero no de ineficacia. El primero tiene que ver con un goce, que es accesible a cada ser que habla. El segundo da acceso a un suplemento, a alguna cosa en más de goce, que se manifiesta con una singular inventiva o una particular creatividad, demostrando y mostrando así, como la potencia –no obstante los desastres que provoca–, no se reduce más que a puro semblante, fantasma risible.

Si este “otro” inconsciente es de difícil acceso, es también porque se lo teme, por el hecho de que devela a cada uno, uno por uno, alguna cosa insostenible – real, lo llamamos nosotros. Y por eso se lo odia.

Para el hombre (pero también a veces para otra mujer) una mujer está hecha para representar este “real”, este “insostenible”. De aquí el odio. Pero los hombres (y las mujeres) deberían saber que cuando ejercen la violencia sobre las mujeres no hacen que otra cosa que odiar el “real” del propio ser, cobardemente.

Traductoras: Romina Merlo - Gabriela Rodríguez

* Texto traducido con el consentimiento del autor para ser incluido en *Estrategias -Psicoanálisis y salud mental-* Año III N 4 Edulp. Editorial de la Universidad de La Plata (2016)

Extraído de *Femminicidio. Il femminile impossibile da sopportare*. Publicado por el Istituto freudiano e la Scuola Lacaniana di Psicoanalisi, en colaboración con: Parteciparte, Solidea, Tavolo Pari Opportunità – Comitato Più scuola meno mafia y la Casa Internacional de las mujeres Roma (2013).

NOTAS

(1) J. Lacan: Seminario. Libro 18. De un discurso que no sea de semblante. (1971) Paidós Editorial, página 31.

